

EL CASO DE JAIME



(Extraído de Silvia Álava:
Queremos que crezcan felices. JdeJ Editores, Madrid, 2015)

CASOS DE NIÑOS DE 6 A 12 AÑOS

Jaime es un niño de once años de edad que llegó a consulta porque sus padres estaban preocupados debido a que su rendimiento escolar no era el que consideraban apropiado.

Tenían que estar siempre encima para que se pusiera a estudiar, a hacer los deberes, y les costaba que obedeciera...

Tras realizar una evaluación del perfil cognitivo de Jaime, vimos que era un niño con un buen potencial intelectual, sin dificultades a la hora de mantener la atención, con una buena calidad atencional, pero que le costaba arrancar y ponerse a trabajar.

Sus notas eran de bienes y notables, con algún suficiente.

Quando hablamos de autoestima aludimos a la imagen que todos tenemos de nosotros mismos. El niño pequeño todavía no tiene formado ese autoconcepto; su autoimagen no existe.

Las representaciones mentales no surgen hasta los cuatro años, por lo que en los primeros años de vida el niño solo tiene el concepto de sí mismo que tienen los demás de él. Su autoestima se cimentará en la imagen que el adulto le proporciona sobre él mismo.

En el caso de Jaime, para empezar, cuando evaluamos el ambiente familiar, observamos que sus padres, ambos profesores universitarios, con carreras muy brillantes, estaban sometiendo al niño a una altísima presión en los estudios.

Acto seguido, cuando evaluamos la autoestima del niño, vimos que estaba muy baja.

Analizando las causas que podían llevar a esta situación, advertimos que sus padres estaban demasiado focalizados hacia los resultados académicos, olvidando otros aspectos importantes de la vida.

El nivel de presión al que estaba sometido Jaime era muy alto, y, por otro lado, recibía escaso aliento. Todo lo que el niño hacía era poco. Sus padres mantenían la creencia de que si no lo presionaban las notas serían todavía peores.

A causa de este miedo a que la situación pudiera empeorar, habían desarrollado un estilo educativo muy sobreprotector, y no le permitían que hiciera las cosas por sí

mismo por si se equivocaba; no le dejaban fallar y aprender del error; no le reforzaban los pequeños logros, porque consideraban que no eran suficientes, y le calificaban de vago.

En el caso de Jaime, como en tantos otros en los que los niños tienen la autoestima baja, hubo que trabajar principalmente con sus padres, para que aprendieran a aceptarle tal y como era; a reforzar sus logros; a no focalizar tanto hacia el estudio; a que perdieran el miedo a dejarle hacer las cosas solo, aunque eso implicara que se equivocara y que la nota no fuera tan alta; a cuidar la forma de comunicarse con él, evitando utilizar etiquetas o dar las cosas por sentado; a animarle en lugar de presionarle.

Por suerte, la autoestima es algo que se trabaja, y desde edades bien tempranas. Si los padres son capaces de trasladar una imagen positiva, de seguridad personal en el niño, sentarán en él los cimientos de una buena autoestima.